

Miguel Paz Cabanas

Sestao, Vizcaya, 1963

Primer Premio

Miguel Paz Cabanas cuenta con premios como el González-Castell, Villa de Navia, Joaquín Lobato, Guardo, Colectivo Londres o Ciudad de Pupiales, organizado por la Fundación Gabriel García Márquez y el Ministerio de Cultura de Colombia. Autor de la novela *El viaje del idiota*, publicará en breve el libro de relatos *Ángeles, asesinos y otros fracasados*.

BROTA DEL SILENCIO OTRO SILENCIO

Conocí a Bartolomé Mayo en la Facultad de Ingeniería, y ya por entonces, tanto en el campus como en las tertulias académicas, era un tipo que concitaba pocas simpatías. Tal vez por eso nadie intercedió por él cuando publicaron su cese y, en lo que a mí respecta, tampoco hice gran cosa por evitarlo.

Bartolomé era un profesor chapado a la antigua, cargado de hombros, con un rostro modelado sobre una piel amarilla. Tenía un ojo ortopédico, creo que de porcelana, pero no era eso lo que le volvía repulsivo, sino su permanente sonrisa de sátiro. Se dedicaba a hostigar maliciosamente a sus alumnos y a poner en duda, con cualquier pretexto, su roma inteligencia.

Lo habíamos reclutado para el cineclub por su erudición y porque, siendo adicto al género mudo, era un experto en Buster Keaton. Lo cierto es que su adoración por Keaton era obsesiva, hasta el punto de que, en las votaciones para elegir repertorio, se negaba a incluir obras habladas, lo que se tomaba por los demás como una excentricidad.

—Ya estamos con las simplezas de Bartolomé —protestábamos—; que si la expresión facial, que si la mímica del alma... A ver si no vamos a poder elegir ahora una película de Antonioni —zanjaba

el Presidente, aunque los planos silenciosos y abstractos del maestro italiano no eran, precisamente, los que más incomodaban a Bartolomé.

Sea como fuere, las disputas finalizaban indefectiblemente con la unanimidad del grupo y la indignación polifémica del irreductible profesor.

Antes de forjarse fama de hostil –y de que le abrieran expediente– Bartolomé había protagonizado sonados disturbios. No me refiero sólo a manifestaciones insidiosas, sino a sus míticas injerencias en la sala de proyección. Ignoro cómo conseguía ingeniárselas, pero de un modo sutil y milagroso manipulaba el doblaje de las cintas, intercalando diálogos de su propia cosecha: lo más asombroso es que sus doblajes resultaban miméticos y no distorsionaban la voz del actor. Cuando Scarlett O'Hara cerraba los puños y en vez de "A Dios pongo por testigo", soltaba aquello de "Cómo me oprime el corpiño", el estupor no procedía solo de la osadía de Bartolomé, sino de que en la voz de la actriz, al pronunciar la frase falsa, no se percibían matices disonantes.

Es verdad que su boicot silencioso –como a él le gustaba nombrarlo– suscitó muchas sonrisas, pero con el tiempo los espectadores empezaron a soliviantarse, especialmente porque ninguno entendía cómo, a pesar del celo del club, el usurpador conseguía introducir impunemente aquellos cambios insólitos.

–¡Ya está bien, hostias!– exclamaba el sector marxista del público universitario cuando Rambo escupía sandeces con la misma voz de Vladímir Lenin.

La puntilla coincidió con la apertura solemne del curso académico, que sumó a los actos de inauguración la emisión de un documental sobre la historia de la Universidad. La proyección era uno de los hitos del aniversario, pues contenía entrevistas que homenajearan a los antiguos rectores. El actual ocupaba la butaca central de la sala cuando, en la escena final, se oyó a sí mismo decir: "A la Decana le huele el aliento", en vez de "En esta mañana de renacimiento", mientras la cámara, como un testigo implacable, le enfocaba en un interminable primer plano. La conmoción y la rechifla fue descomunal y todas las acusaciones recayeron, tras varias pesquisas, en el profesor Bartolomé.

Después de su célebre expulsión no supe nada más de su trayectoria y es posible que lo hubiese olvidado de no ser porque una noche, en el transcurso de una cena, me acordé súbitamente

de él. He de añadir que fue durante un instante efímero, cuando a los postres el Decano de Ética se traspuso y, sin venir a cuento, hizo un elogio del Ku Klux Klan. Lo pasmoso es que, a continuación, volvió sin rubor al tema precedente y, sin advertir su ominoso desliz, vertió más vino en mi copa. Tampoco yo supe cómo reaccionar a sus palabras, pero en esos segundos, esforzándome por dar sentido a lo sucedido, regresó a mi memoria la diabólica pericia de Bartolomé.

Hubo de pasar un año, o tal vez dos, antes de volver a ser testigo de una escena similar. En esa ocasión asistía a un sepelio y, al igual que el resto de la comitiva, presencié un suceso que me dejó pasmado: el sacerdote, sin mudar el gesto, se puso a cantar un tema de los Sex Pistols y lo que tenía que haber sido un responso emotivo se convirtió, por arte de birlibirloque, en una versión ecuménica del God Save The Queen.

Pero aquella vez, junto a un par de cipreses, sí me pareció ver una silueta sospechosa en la que, mientras sorteaba la verja del cementerio, me pareció distinguir la figura de Bartolomé.

Era palpable que el antiguo profesor, por medios o ardidés que se me escapaban, había adquirido un poder nuevo, un rango de influencia capaz de interferir, no ya en el doblaje mecánico de una película, sino en la expresión verbal de las personas: sonaba a dislate, pero algo me aseguraba que mis presentimientos no eran fruto de una ensoñación.

Las experiencias posteriores vinieron a confirmarlo, de un modo que ahora se me antoja prodigioso. Cómo concebir sino el discurso navideño del Rey, cuando el monarca, afablemente plantado ante las cámaras de televisión, soltó aquella frase que dejó petrificada a la audiencia y que habría de ser titular inexorable en las ediciones de todo el país: “Españoles –soltó con voz solemne–, es una bendición tomarse unas copas”, donde, como tantos arguyeron al día siguiente, lo que debía haberse oído era “extiendi mi felicitación a las tropas”.

Nadie, excepto el que esto narra, vio en aquel lapsus una mano invisible y lo que se convirtió en objeto de escarnio (según las inclinaciones borbónicas de la redacción), fue un ejemplo de la omnipotencia vesánica que había alcanzado el exprofesor Bartolomé.

A partir de entonces, no sé si por ira o curiosidad, tomé la firme determinación de seguir sus

pasos y un golpe de suerte –en realidad, su regreso a los orígenes– me llevaría a detectar su marca de agua en una sala de cine.

Sucedió, precisamente, un día lluvioso (uno de esos domingos en los que se amasan y tuestan millones de palomitas), durante la proyección de la popular Titanic. Aún hoy me asombra la cantidad de suplantaciones que llevó a cabo Bartolomé –muchas de ellas inadvertidas para el público– y el tiempo que, en medio de la muchedumbre, tardé en topar con él. También es verdad que había cambiado mucho –demasiado, para los años transcurridos– y que su aspecto, inexplicablemente fresco, lo había transformado en un galán. Pero como decía, lo que me había permitido percibir su presencia fueron las múltiples mudanzas del guión, que en boca de Di Caprio y Winslet, o de Jack y Rose, sus célebres protagonistas, imprimieron a la película un giro copernicano. Un segmento del público no tardó en percatarse del asunto, resultando morboso ver sus rostros devastados por la sorpresa. Esa tarde, durante la conversación que mantuvimos en su casa, Bartolomé evocó alguna de aquellas perlas y yo, evocándolas en su conjunto, hube de rendirme a su habilidad. Pero en los ojos de los espectadores, mientras oían decir al capitán del Titanic: “Esa zorra de Jack, señor Murdoc, creo que me la pega”, en lugar de: “Proa a alta mar, señor Murdoc, que todos vean cómo navega”, la sombra de la perplejidad era casi dolorosa.

Me costó mucho reconocerlo, como dije, pero me guiaba un sexto sentido, y a pesar de la oscuridad y la lluvia, pude seguir su rastro. Me desplacé por calles peatonales –Bartolomé, como tantas otras cosas, aborrecía los coches– y al cabo de media hora, en el corazón de la Judería, lo vi en un zaguán. Husméé entre los buzones, localicé su nombre y, después de pisar unos peldaños gimientes, llamé a su puerta.

Seis años después el profesor Bartolomé era un hombre rejuvenecido, con un bigote recio que le confería un aire astuto y viril. Lo más llamativo seguían siendo sus ojos, que te miraban gélidamente, hasta el punto de que, por su brillo simétrico, concebías los dos de cristal. Me abrió sin consultar la mirilla, como si me esperara, y al verme frente a él, enfundado en un albornoz de paño, no expresó ningún asombro. “Estaba en la ducha”, musitó con una sonrisa y, ejecutando una especie de reverencia, me invitó a entrar en su piso.

Era un loft húmedo y desangelado, lleno de objetos que, de un modo u otro, adolecían de armonía: búhos disecados, farolillos chinos, maniqués siniestros con paraguas de colores. Olía a

quirófano, o puede que a taller, una sórdida mezcla de gasolina y yodo. Los ventanales, que podían haber filtrado generosas dosis de luz, estaban tapados por biombos y el velux del techo sellado con una lona. Pero al fondo, contra una pared sin lucir, había una enorme estantería, poblada hasta la cima con centenares de libros.

-Bueno, querido colega –me susurró después de dejarme revisar su guarida–, lo cierto es que ha tardado mucho en encontrarme.

Me lo quedé mirando sin saber qué decir, plantado en su loft como un huésped indeseable. Pero, para mi tranquilidad, me puso su mano en el hombro y, tras sonreír pícaramente, me invitó a sentarme en un sofá.

-Bartolomé...sí, cuánto tiempo– acerté a balbucir, mientras él, sacando una botella de un lugar oculto, soltó una carcajada estridente.

-Hay que caldear esto, ¿no le parece?– terció, y con gesto fraternal me ofreció un licor de un repugnante color amatista.

Tengo para mí que nuestra conversación fue mucho más corta, pero la impresión que me llevé al salir de su casa fue la de haber permanecido mucho tiempo, una velada que fue prendiendo en mi memoria una estela de perversidad.

¿Qué fue, en definitiva, lo que, entre tragos de un orujo abominable, me confesó Bartolomé? ¿Cuáles fueron sus palabras exactas, el hilo de su relato inaudito? Lo equívoco es que, si me atengo a mis recuerdos, no encuentro nada esclarecedor, o al menos nada de una relevancia singular. Insistió en que no había enigmas en su proceder (“no se torture con reflexiones fantásticas”, acabó por decir), atribuyendo su facultad a su tesón científico y académico.

Yo lo miraba apabullado, sin creer lo que decía, pero admitiendo que, incluso para los sucesos más descomunales (como el paso de un meteoro), siempre hay una explicación plausible.

-Pura ingeniería, se lo aseguro –acabó por decir ante mi enésima pregunta–; el truco consiste en aprovechar recursos domóticos y, con el dispositivo adecuado, combinar secuencias digitales.

-¡No con ese grado de perfección! –dissentía yo, pero ante mis objeciones me aseguraba, mientras agotaba la botella, que me hallaba en un error.

-Es usted un incrédulo, querido colega. La ciencia es competencia y lo único que nos exige es una dedicación minuciosa. Basta con seguir el tiempo necesario a un cura -por ejemplo-, grabar su voz y adosarle con discreción un micrófono para obtener un efecto impactante. Hablo de micrófonos para que me entienda, aunque se trate de aparatos y unidades modulares más complejas; pero entrar en esos pormenores carece de importancia.

No me quedó otra que adular su instrucción técnica, que parecía realmente diabólica, y suspirar repetidas veces con gesto resignado. Pero después de varias horas, con los sentidos algo embotados, me corroía una última cuestión, una pregunta que percutía obsesiva en mi cabeza.

-Pero... ¿por qué lo hace? -le espeté con insolencia-. Reconozco su habilidad, su portentosa habilidad, pero... ¿cuál es la razón? No me irá a decir que a estas alturas sigue enojado con los miembros del club. ¿Utiliza su talento para saciar una grotesca venganza contra el distrito universitario?

Fue entonces cuando comprendí que Bartolomé Mayo guardaba un secreto turbador, una especie de sacramento que, por su oscura y privada naturaleza, no deseaba compartir conmigo. Lo percibí en su mirada espesa, y quizá en su boca, replegada en un rictus profundo y amargo. Sus ojos me parecieron entonces sin vida, inmóviles y tensos, como dos merodeadores agazapados en su cara. La propia luz del loft, glauca y fría, había adquirido de repente un tono irreal. Se incorporó con pesadez -súbitamente, parecía haber perdido su juventud- y, señalándome la salida, comentó:

-Apenas me conmueven los zumbidos de los insectos, las sombras y los reflejos de la voz. En cuanto a las palabras de los hombres... ¡nunca seré clemente con ellas! Sólo nos honran aquellas que vienen de quienes guardan silencio. Los hombres mienten constantemente, sin escrúpulo alguno; de sus bocas sólo salen plegarias falsas, abusos y necesidades. ¿A quién creer en un mundo como éste, ruidoso y mendaz? Si acaso, a los que están privados de voz; sólo a ellos. Ahora, se lo ruego, váyase inmediatamente de aquí.

Aquella noche, en brazos de una alumna, me oí susurrar un poema que tiempo después atribuiría a Octavio Paz, pero que en ese instante me era desconocido: "Brotó del fondo del silencio otro silencio, aguda torre, espada, y sube y crece y nos suspende y mientras sube caen recuerdos, esperanzas, las pequeñas mentiras y las grandes, y queremos gritar y en la garganta se desvanece

el grito: desembocamos al silencio en donde los silencios enmudecen”, le recité a mi amante, y es posible que me hubiese dedicado una sonrisa de no ser porque segundos antes, pegado a su cuerpo, lanzaba aullidos estremecedores, absorbido y embriagado por los tumultos del placer. Se fue de mi lado asustada (no era para menos) y yo me quedé también asustado, o quizá perplejo, estremecido como una oruga en su fina crisálida. Pernoctaba en un hotel fronterizo, a las afueras de la ciudad, y no iluminaba mi cuarto ni una mísera lámpara. Obviamente estaba completamente desnudo cuando recité aquellos versos que, como dije, no había leído ni oído antes. Declaro que me pase la noche en vela, buscando microchips entre las sábanas, palpando enloquecido los orificios de mi cuerpo. Nada hallé; ningún dispositivo milagroso vi entre los pliegues de mi carne. Apenas conseguí conciliar el sueño horas después, aturdido por un torbellino de imágenes fantásticas.

Al amanecer, extenuado, mientras atendía una llamada inesperada de mi madre, pensé que había sido víctima de una sugestión: mi encuentro con Bartolomé, nuestra larga conversación, su misteriosa y abrupta despedida... Mi madre, por fortuna, me calmó con su discurso doméstico, preocupada por mi próxima mudanza. Hablaba con ella en sueños, de personas y lugares olvidados, de episodios nimios y vagarosos. Una de esas conversaciones que olvidas pronto, o que rara vez logras evocar. De no ser porque...de no ser porque mi madre, a la que no veía desde mi juventud, era sordomuda.